

La Hormiguita

Fernán Caballero



Había una vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un centavito. Dijo para sí: “¿Qué haré con este centavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina.” Lo pensó mejor y se fue a una tienda, donde compró un poco de colorete y se sentó en la ventana. Ya se ve, como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro y le dijo: —Hormiguita, ¿te quieres casar conmigo? —¿Y cómo me enamorarás? —respondió la hormiguita.

El toro se puso a rugir; la hormiga se tapó los oídos con ambas patas.

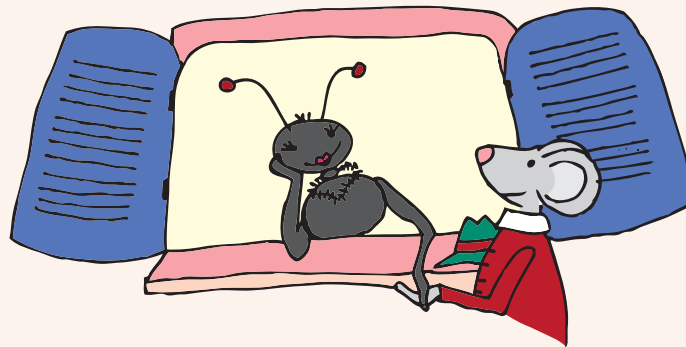
—Sigue tu camino —le dijo al toro—, que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó.





Todos causaban alejamiento a la hormiga; ninguno se ganó su voluntad, hasta que pasó un ratón Pérez que la supo enamorar tan fina y delicadamente, que la hormiga le dio su manito negra. Vivían como tortolitos, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.



Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa, después de poner la olla que dejó al cuidado de ratón Pérez. Le había advertido, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón. Pero el ratón Pérez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fue que sucedió lo que ella había previsto. Ratón Pérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.





Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta. Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fue a casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta. Fuese la hormiguita en derecha a la cocina; miró la olla, y allí estaba. ¡Qué dolor!, el ratón Pérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía. La hormiguita se echó a llorar amargamente. Vino el pájaro y le dijo:

—¿Por qué lloras?:

—Porque el ratón Pérez se cayó en la olla.

—Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma y le dijo:

—¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

—Porque ratón Pérez se cayó en la olla,
y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, dijo la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

—¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

—Porque el ratón Pérez se cayó en la olla;
y que la hormiguita lo siente y lo llora;
y que el pajarito cortó su piquito;
y yo, la paloma, me corto la cola.

—Pues yo, palomar, voime a derribar.





Dijo la fuente clara:

- ¿Por qué palomar vaste a derribar?
- Porque el ratón Pérez se cayó en la olla;
y que la hormiguita lo siente y lo llora;
y que el pajarito cortó su piquito
y que la paloma se cortó la cola
y yo , el palomar, voime a derribar.
- Pues yo, fuente clara, me pongo a llorar.

Dijo la Infanta:

- ¿Por qué, fuente clara, te pones a llorar?
- Porque el ratón Pérez se cayó en la olla;
y que la hormiguita lo siente y lo llora;
y que el pajarito se cortó el piquito;
y que la paloma se corta la cola;
y que el palomar fuese a derribar,
y yo, fuente clara, me pongo a llorar.
- Pues yo, que soy infanta, romperé mi cántara.

Y yo que lo cuento acabo en lamento,
porque el ratón Pérez se cayó en la olla,
¡y qué la hormiguita lo siente y lo llora!

